

### CONFERENCIAS CÉLEBRES

Continuamos esta sección de la revista, dedicada a Conferencias célebres impartidas en la Universidad Autónoma de Madrid a lo largo de su historia, bien como Lecciones inaugurales de curso académico, o bien impartidas en su investidura por Doctores Honoris Causa nombrados por esta universidad. Se trata por tanto de conferencias con importantes contenidos relacionados con la ciencia y el progreso del conocimiento, e impartidas por personalidades ilustres del mundo académico, científico o social.

En esta ocasión publicamos el Discurso de Investidura como Doctor Honoris Causa de la Universidad Autónoma de Madrid en 1985, del Dr. Severo Ochoa de Albornoz, prestigioso bioquímico español que fué galardonado con el Premio Nobel de Medicina en 1959. En esta universidad se encuentra además el Centro de Biología Molecular que lleva su nombre, y que él hizo posible. Se incluye asimismo en esta publicación el texto de la Presentación previa del doctorando Honoris Causa que hizo en dicho Acto el Dr. Federico Mayor Zaragoza, que fué Catedrático de Bioquímica de la UAM y Director General de la UNESCO.

### PRESENTACIÓN DEL DOCTORANDO HONORIS CAUSA D. SEVERO OCHOA

*Federico Mayor Zaragoza*  
*Catedrático de Bioquímica*  
*Ex-Director General de la UNESCO*

«¡Quisiera quedarme mimbre,/en las laderas del Ebro,/agua con rumbo a la mar.../quisiera, pero no puedo!». Con este poema de Rafael Alberti terminaba el discurso que hace dieciocho años, en el mes de marzo de 1967, tuvo el honor de pronunciar en el acto de investidura del Profesor Severo Ochoa como Doctor «Honoris Causa» de la Universidad de Granada. «Quisiéramos regresarle, decía entonces. Pero comprendemos que debemos conformarnos con el privilegio de tenerle con nosotros circunstancialmente». Como Miguel Hernández, el poeta de Orihuela, usted nos respondería: «Me voy, me voy, pero me quedo». Hoy tenemos la inmensa fortuna, en el mismo día de su octogésimo aniversario, de recibirle solemnemente como Doctor «Honoris Causa» de la Universidad Autónoma de Madrid, en la que se halla el Centro de Biología Molecular, cuya potencia investigadora y docente le acreditan como uno de los pocos centros de excelencia de la nación. El Centro lleva su nombre, porque lo hizo posible. Coincide también lo que contribuye a dar realce a este acto- su definitivo regreso a España. «Me quedo... Ya no me voy»

No hemos sabido -aunque en su caso concurren mayores disculpas que en muchos otros de menor predicamento, favorecer un retorno más temprano. Cuando la palabra autonomía, que ya es un paso, se convierta en plena realidad, las Universidades y los centros de investigación españoles dispondrán de las fórmulas que les permitan superar cuando sea menester los obstáculos normativos y burocráticos que siguen atenazando la capacidad de acción de la Universidad española.

Ciertamente, ha sido, por ambas partes, una espera activa. Con este esperar que comporta la esperanza de la transformación, con este esperar ibérico que no es aguar dar simplemente porque, en España, como subrayó Gide, hasta a las salas «d'attente» se las llama «salas de espera». El Profesor Ochoa ha seguido abriendo de par en par a los científicos españoles, y no sólo a los bioquímicos, las puertas de la cooperación internacional. Ha seguido facilitando a numerosos científicos en particular y a la ciencia española en general su inserción y relieve en la comunidad científica mundial, en la que goza de tanto renombre y prestigio.

Su contribución a la ciencia es inmensa. Es mucho lo que ha dado al mundo y éste es su supremo galardón, el que nadie puede arrebatarse, porque, como ha escrito Jorge Luis Borges, «sólo podemos dar lo que ya hemos dado; sólo podemos dar lo que ya es del otro».

La obra de Ochoa no puede resumirse en una revisión panorámica ni en unos cuantos minutos. Premio Nobel en 1959, lo hubiera obtenido, en cualquier caso, por su trabajo ulterior. Prefiero, pues, hablaros de su dimensión personal, que todavía sobrepasa, porque las explica, las de las otras facetas. A su afabilidad, a su capacidad de sacrificio y disponibilidad para todo aquello que redunde en beneficio de la ciencia y de la condición humana, a su actitud receptiva, une una extraña cualidad en quienes se mueven en posiciones tan cimeras: escucha, atiende las exposiciones de sus interlocutores. Por eso, seguramente, son tan atinadas las respuestas.

Tal es su proclividad a no denegar su colaboración y su concurso a las innumerables propuestas que recibe, que se ha pensado, por quienes desconocen que el progreso de la ciencia se realiza con una entrega total, sin restricciones ni remilgos, que el Profesor Ochoa era dadivoso en exceso, que no sabía decir que no, defecto -o virtud, según se mire que se juzga muy osado en la mujer, aunque no lo sea menos en varón bien parecido. Yo sé que el Profesor Ochoa seguirá durante todos los días que le queden de vida, que ojalá sean muchos, dando todo lo que esté en su mano (¡y en su mente!), aun a sabiendas de que, en muchas ocasiones, su generosidad es precariamente correspondida.

La obra de Ochoa no puede comprenderse si no se asocia, perennemente, a la presencia y a la inspiración de Carmen, su mujer. La figura de Ochoa se admira por su sobresaliente talla científica. Pero se hace familiar y se llena de estima por el afecto que irradia y que, con Carmen, se convierte en ternura, en continuas atenciones cuando goza de su cercanía o en frecuentes llamadas telefónicas cuando se halla ausente. Es nuestro deseo que durante mucho tiempo puedan, ya en España, vivir un luminoso atardecer, porque sólo el amor no declina.

Su presencia y testimonio son el mayor estímulo, pero no sólo su pasado, sino su presente y su futuro. Su futuro es lo que más nos importa. Hace muy pocos meses le escuché en Zaragoza la conferencia inaugural de una reunión del Fondo de Investigaciones Sanitarias. Estuvo magistral. Mientras exponía sus últimas aportaciones en relación a los factores de iniciación y explicaba unos resultados que pueden contribuir a interpretar la acción íntima de los interferones, recordé cuando, en 1956, al iniciar los trabajos de mi Tesis doctoral, le escribí solicitándole su consejo sobre si consideraba útil que prosiguiera investigando la descarboxilación del ácido tartrónico. A los pocos días, recibí su respuesta, que conservo: "No." Era preferible que prestara atención a otras descarboxilasas. Fue la primera vez que seguí sus indicaciones. Recordé también cuando le conocí en Viena, en el Congreso Internacional de Bioquímica, en 1958. Aún no era Premio Nobel, pero ya era la figura de nuestro gran prestigio. Unas cuantas líneas describían, en los resúmenes del Congreso, el descubrimiento de la polinucleótido fosforilasa. Era la cúspide de una ingente labor (descarboxilación del piruvato, función de la tiamina, etcétera), pero, sobre todo, el principio de un nuevo plano de su vida científica, que todavía perdura. Sus aportaciones a las bases moleculares de la expresión genómica (código genético, proteínogénesis y su regulación) son fundamentales en la moderna bioquímica. En efecto, son estos conocimientos los que permiten vislumbrar las bases moleculares en las que se asientan la salud y la enfermedad, así como nuevas formas de restablecer la cadencia perdida. Es aquí donde radica la esperanza en la lucha interminable de la condición humana contra el sufrimiento, contra las desviaciones patológicas que lo producen.

En el momento en que nos adentramos resueltamente en la era de la biología, es un gran honor incorporar a la Universidad Autónoma a quien tanto ha contribuido al advenimiento de esta nueva civilización. Los horizontes sombríos por la utilización perversa del conocimiento deben ser iluminados por la aplicación de la ciencia en beneficio de la humanidad.

Don Severo -es uno de los pocos «dones» que no necesitan apellido-, la Universidad se honra al recibirle como Doctor «Honoris Causa». En compañía de otros científicos eminentes, en compañía de este colega en el saber, de este caballero de la bioquímica mundial que se llama Giorgio Semenza -pocos personajes concilian tantas adhesiones, tanto afecto, tanta simpatía como este italiano-suizo-español..., el ex Presidente de la Unión Internacional de Bioquímica, el académico de la Academia de Ciencias de los Estados Unidos, de la Unión Soviética y de la Pontificia, el Premio Nobel, se incorpora al claustro de doctores de la Universidad Autónoma de Madrid. Al darle la bienvenida en su nombre, experimentó la misma sensación que, cuando hace unos años, le contemplaba en el Parque de San Timoteo de Luarca, después de haber recorrido entre aplausos de homenaje popular las calles de esta joya asturiana: la de que, a pesar de tantos factores adversos, finalmente la libertad y la dignidad de la condición humana serán salvaguardadas.

---

#### DISCURSO DE INVESTIDURA COMO DOCTOR «HONORIS CAUSA»

*Dr. Severo Ochoa de Albornoz (†)  
Bioquímico. Premio Nobel de Medicina*

Quiero en primer lugar expresar mi agradecimiento por el honor que me habéis conferido y por haberlo ligado a una fecha tan destacada de mi vida como la de mi octogésimo aniversario. Este nombramiento es para mí motivo de orgullo y satisfacción, pues me liga con vínculos aún más estrechos a esta Universidad con la que estoy ya hace algún tiempo vinculado por mi conexión con el Centro de Biología Molecular.

Me complace subrayar el hecho de que mi orgullo y satisfacción se hacen más intensos al considerar que, si bien esta Universidad es todavía joven, ya ha contribuido de modo importante al incremento de nuestros conocimientos en diversas ramas del saber y, ciertamente de modo destacado, en el campo de las ciencias naturales.

Lo que acabo de decir me lleva a hacer una breve digresión acerca de la misión de la Universidad. Para mí sigue siendo básicamente la misma que, con su gran clarividencia y característica brillante, definió Ortega hace ya más de cincuenta años. Puede resumirse en pocas palabras: la de difundir y crear cultura. De este mismo modo lo vio Cajal.

Sin duda la Universidad ha tenido, y sigue teniendo en modo creciente, la misión de preparar para el ejercicio de diversas profesiones. Sin embargo, cada profesión se basa en un conjunto de conocimientos, axiomas o leyes que constituyen una cultura. De aquí que la Universidad deba básicamente fomentar la adquisición, difusión y promoción de la cultura. Pero esta cultura no es estática, sino que está constantemente sometida a cambio e incremento a medida que la búsqueda de nuevos conocimientos y la expansión y cambios del pensamiento a que ello da lugar dilata más sus fronteras. Una Universidad que no contribuya a esta dilatación carece de su más propia función vital y entra en decadencia. Por esto es esencial que en nuestra labor docente universitaria no nos limitemos a impartir sólo aquellos conocimientos que son directamente aplicables a la práctica o ejercicio de una profesión; sino que debemos también impartir los conocimientos básicos en que éstos se basan. Esto es deseable no sólo por la misión básica de impartir y difundir cultura, sino, y esto es sumamente importante, por la posibilidad de estimular a aquellos de nuestros oyentes que puedan el día de mañana llevar hacia adelante la antorcha del progreso.

Vista de este modo es indudable que la educación universitaria es una educación elitista. Mientras que la educación primaria y secundaria debe ser accesible a todos sin distinción y la primera debe ser obligatoria, la educación universitaria debe ser accesible sólo a aquellos o aquellas que estén intelectualmente capacitados para recibirla pero, ojo, también sin distinción de credo, raza, o posición social, con provisión de becas, préstamos, u otras medidas que hagan asequible los estudios universitarios a personas cuya posición económica no sea desahogada. Este sistema no puede calificarse de antidemocrático y es esencial para la viabilidad y la independencia económica de un país.

Si se aceptan las anteriores premisas es evidente que, en beneficio de la educación universitaria y para el más eficiente funcionamiento de un país, las plazas en las facultades universitarias deben estar estrictamente limitadas y el acceso a las mismas determinado por un sistema objetivo y eficaz, de selección. Esta selección ha de hacerse más tarde o más temprano pues, en definitiva, el número de posibilidades o puestos a que los profesionales universitarios pueden aspirar es limitado. Parece, pues, razonable pensar que es mejor hacer la selección más temprano, antes que llegue el momento de concurrir a las posibilidades existentes por un escalofriante exceso de abogados, médicos, químicos, biólogos, farmacéuticos, economistas u otros profesionales.

¿Cuándo es mayor la frustración?, ¿cuando no se puede ingresar en una Universidad a una edad aún temprana y con otros caminos abiertos, o cuando, después de haber sido cualificado para ejercer una profesión universitaria debe desistirse de ello y dedicarse a algo para lo que no se está preparado? Creo que la respuesta a esta pregunta no es dudosa.

Permitidme, para terminar, expresar de nuevo mi agradecimiento por el honor que me habéis conferido.

Muchas gracias.